



Dirección: Final Calle Talamanca No. 20
Col. Miramonte
Tel: 2260-1686
lumenelsalvador@gmail.com

**Tú podrías ser el ganador de una:
LAIND CRUISER PRADO
FULL EXTRA 2017
y 16 premios más**

Valorada en \$63,900.00

¡Únicamente 1,500 boletos!

Adquiere tu boleto:

-Centro Comercial Galerías y Multiplaza
-Parroquia Madre del Salvador, Santa Ana
-Oficinas de Lumen

Orar con humildad

23 de Oct de 2016 - XXX Domingo del Tiempo Ordinario- Sn Lucas 18, 9-14

La parábola del fariseo y el publicano tiene su clave de interpretación en las primeras palabras de la misma. “Dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”.

El fariseo de la parábola no ora. Es un presuntuoso y autosuficiente. En vez de adorar a Dios y, con humildad, darle gracias, de pie, hace un panegírico de sí mismo. El centro de su oración no es Dios, si no su propio “yo”. Yo ayuno, yo pago...y desprecia a los demás. Yo “no soy como los demás”.

El fariseo no pone su confianza en Dios, si no en sus propios méritos. Su oración no fue oída. Regresó a su casa con sus pecados.

En abierto contraste con el fariseo, la virtud que distingue al publicano es la humildad. Se queda en la entrada del templo. No se atreve a levantar los ojos al cielo, y, golpeándose el pecho, dice: “Oh Dios, ten compasión de este pobre pecador”. En una actitud de profunda humildad se reconoce y confiesa pecador. ¿Cuál fue el fruto de su oración? “Volvió a su casa justificado”. Y el Divino Maestro sentencia: “Todo el que se exalta será humillado y el que se humilla será enaltecido”.

La gran Teresa de Jesús reflexionaba: “Una vez estaba yo considerando por qué razón nuestro Señor era tan amigo de la virtud de la humildad, y es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad.

La humildad, pues, no es timidez ni cobardía o encogimiento. No es decir yo no sirvo para esto o no valgo para aquello. Es reconocer y aceptar nuestras cualidades y nuestras limitaciones. Que Dios es nuestro Creador y nosotros sus criaturas; que él es nuestro Señor y Padre y nosotros sus hijos. Reconocer sobre nosotros su señorío, su paternidad, y actuar en consecuencia. Respecto de nuestros semejantes, humildad es aceptarnos como somos, con nuestras cualidades, sin menospreciar a los demás; y con nuestras limitaciones, sin envidiar a otros. Por eso, San Pablo nos recuerda: “¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo ha recibido, ¿por qué te enorgulleces como si no lo hubieras recibido?” (1Cor 4,7). La humildad será el mejor marco para la oración con Dios y para el diálogo con los hombres.



“Evangelizar a través de los medios de comunicación”